

EL HOMBRE QUE CAYÓ A LA TIERRA

Walter Tevis



Los escasos habitantes de un agonizante planeta (llamado Anthea en la novela, aunque presumiblemente se trata de Marte) reúnen sus últimos recursos materiales para enviar a un explorador al planeta Tierra. Este explorador, de una raza casi idéntica a la humana y que mientras se camufla entre los terrícolas se hará llamar Newton, tiene la misión de utilizar sus conocimientos tecnológicos para registrar diversas patentes que le permitan ganar una inmensa fortuna. Con ese dinero, y en total secreto, Newton intentará construir una nave espacial con la que rescatar a los escasos supervivientes que han quedado en su mundo —incluyendo a su propia familia— y traerlos a nuestro planeta para garantizarles un futuro.

1972: ÍCARO DESCENDIENDO

I

Después de recorrer tres kilómetros llegó a una población. En un extremo de la población había un letrero que decía: HANEYVILLE, 1400 HAB. Eso estaba bien, un tamaño apropiado. Era una hora muy temprana —había escogido la mañana para la caminata de tres kilómetros porque hacía más fresco— y no había nadie en las calles. Anduvo varias manzanas a la leve claridad, desconcertado, tenso y un poco asustado. Trataba de no pensar en lo que iba a hacer. Había pensado ya bastante en ello.

En el pequeño barrio comercial encontró lo que necesitaba, una pequeña tienda llamada El Joyero. En una esquina cercana había un banco verde de madera; fue a sentarse en él, con el cuerpo dolorido por la larga caminata. Al cabo de unos minutos vio a un ser humano.

Era una mujer, una mujer de aspecto fatigado que llevaba un modesto vestido azul y arrastraba los pies al andar. Apartó rápidamente sus ojos, asombrado. Había esperado que fueran de un tamaño aproximado al propio, pero esta era de una estatura inferior a la suya en más de una cabeza. Su tez era más rubicunda de lo que había esperado, y más morena. Y la apariencia, la *sensación*, era rara, a pesar de que sabía que verles no sería lo mismo que contemplarles en la televisión.

Eventualmente aparecieron más personas en la calle, y todas eran, a grandes rasgos, iguales que la primera. Oyó que un hombre comentaba, al pasar: «... siempre lo he dicho, ya no fabrican automóviles como ese», y aunque la

enunciación era distinta, menos clara de lo que había esperado, pudo entender al hombre fácilmente.

Varias personas le miraron, algunas de ellas suspicazmente; pero esto no le preocupó. No esperaba ser molestado, y después de observar a los otros estaba seguro de que sus ropas no llamarían la atención.

Cuando la joyería abrió sus puertas, esperó durante diez minutos y luego entró en ella. Había un hombre detrás del mostrador, un hombre bajito y rechoncho con camisa blanca y corbata, quitando el polvo de las estanterías. El hombre interrumpió su tarea, le miró con cierta expresión de extrañeza y dijo:

—¿Qué desea, señor?

Se sintió torpe, desmañado, y súbitamente muy asustado. Abrió la boca para hablar. No salió nada. Trató de sonreír, y su rostro pareció congelarse. Notó, en su interior, un principio de pánico, y por un instante pensó que iría a desmayarse.

El hombre seguía mirándole, y su expresión no parecía haber cambiado.

—¿Qué desea, señor? —repitió.

Con un gran esfuerzo consiguió hablar.

—Yo... me... me preguntaba si podría interesarle a usted este... anillo.

¿Cuántas veces se había repetido a sí mismo aquella frase inocua? Sin embargo, ahora resonaba extraña en sus oídos, como un absurdo grupo de sílabas sin sentido.

El otro hombre seguía mirándole.

—¿Qué anillo? —dijo.

—Oh. —Logró sonreír. Deslizó el dorado anillo del dedo de su mano izquierda y lo dejó sobre el mostrador, temiendo tocar la mano del hombre—. Yo... viajaba en automóvil y tuve una avería a unos kilómetros de aquí. No llevo dinero encima, y pensé que quizá podría vender mi anillo. Es una joya muy buena.

El hombre estaba haciendo girar el anillo entre sus dedos, mirándolo con aire suspicaz. Finalmente dijo:

—¿Dónde lo ha conseguido?

Lo dijo de una manera que le dejó sin respiración. ¿Era posible que hubiera fallado algo? ¿El color del oro? ¿La pureza del diamante? Intentó sonreír de nuevo.

—Me lo regaló mi esposa. Hace varios años.

El hombre le miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo puedo saber que no procede de un robo?

—¡Oh! —La sensación de alivio fue exquisita—. Mi nombre está grabado en el anillo. —Sacó su billetera de un bolsillo—. Y puedo identificarme. —Sacó el pasaporte y lo dejó sobre el mostrador.

El hombre examinó el anillo y leyó en voz alta: «T. J. de Marie Newton, Aniversario, 1968»; y luego: «18 K». Soltó el anillo, tomó el pasaporte y lo hojeó.

—¿Inglaterra?

—Sí. Trabajo como intérprete en las Naciones Unidas. Este es mi primer viaje aquí. Y estoy visitando el país.

—Mmm —murmuró el hombre, volviendo a mirar el pasaporte—. Ya me pareció que hablaba usted con acento. —Cuando encontró la fotografía leyó el nombre—. Thomas Jerome Newton. —Y luego, alzando de nuevo la mirada—: No cabe duda de que el anillo le pertenece, desde luego.

Esta vez, la sonrisa resultó más relajada, más sincera, aunque seguía sintiéndose aturdido, raro... con el enorme peso de su propio cuerpo, debido a la diferente gravedad de este lugar. Pero logró decir, en tono amable:

—Bueno, ¿le interesaría comprar el anillo?

Le dio sesenta dólares por él, y supo que había sido estafado. Pero lo que ahora tenía valía para él más que el anillo, más que los centenares de anillos iguales que llevaba encima. Ahora había adquirido un poco de confianza, y tenía dinero.

Con una parte del dinero compró doscientos gramos de tocino, seis huevos, pan, patatas, algunas verduras: cuatro

kilos de comida en total, todo lo que podía acarrear. Su presencia despertaba cierta curiosidad, pero nadie le hizo preguntas, y él no dio respuestas voluntariamente. Aunque ello no hubiera cambiado las cosas: no volvería nunca a aquella población de Kentucky.

Cuando salió del pueblo se sintió bastante bien —a pesar de todo el peso y del dolor en sus articulaciones y en su espalda—, ya que había dominado el primer paso, había iniciado su acción y ahora poseía su primer dinero norteamericano. Pero cuando hubo recorrido un kilómetro, andando a través de un campo yermo hacia las bajas colinas donde estaba su campamento, le asaltó súbitamente la abrumadora impresión de todo aquello —el largo viaje, el peligro, el dolor y la preocupación en su cuerpo—, y se dejó caer al suelo y permaneció allí, con el cuerpo y la mente llorando contra la violencia que ejercía sobre ellos la Tierra, el más raro, desconocido y extranjero de todos los lugares.

Estaba enfermo; enfermo del largo, y peligroso viaje que había emprendido, enfermo de todos los medicamentos —las pildoras, las vacunas, los gases inhalados—, enfermo de preocupación, anticipando la crisis, y terriblemente enfermo de la espantosa carga de su propio peso. Había sabido durante años enteros que cuando llegara el momento, cuando finalmente aterrizará y empezara a poner en práctica aquel complicado y superestudiado plan, experimentaría lo que estaba experimentando. Sin embargo, este lugar, a pesar de lo mucho que lo había estudiado, a pesar de lo mucho que había ensayado el papel que iba a representar, se le aparecía como increíblemente ajeno a él. Y la sensación —ahora que *podía* sentir— resultaba abrumadora. Se tumbó en la hierba y se sintió muy enfermo.

No era un hombre; pero era muy parecido a un hombre. Medía un metro ochenta, y algunos hombres tienen una estatura incluso superior; su pelo era tan blanco como el de un albino, pero su rostro tenía un color ligeramente bronceado y sus ojos eran de un azul pálido. Su esqueleto era

improbablemente ligero, sus facciones delicadas, sus dedos largos, delgados, y la piel casi transparente, sin vello. Había algo de misterioso en su aniñado rostro, una agradable expresión juvenil en sus ojos grandes e inteligentes, y los rizados cabellos blancos crecían ahora un poco sobre sus orejas. Parecía muy joven.

Existían otras diferencias, también: sus uñas, por ejemplo, eran artificiales, ya que por naturaleza carecía de ellas. Habían solamente cuatro dedos en cada uno de sus pies; no tenía apéndice vermiforme y ninguna muela del juicio. El hipo era algo desconocido para él, ya que su diafragma, lo mismo que el resto de su aparato respiratorio, era sumamente robusto y estaba muy desarrollado. La expansión de su tórax habría sido de unos doce centímetros. Pesaba muy poco, alrededor de los cuarenta y cinco kilos.

Pero tenía pestañas, cejas, pulgares opuestos, visión binocular y un millar de las características fisiológicas de un humano normal. Era inmune a las verrugas; pero podían afectarle la úlcera de estómago, el sarampión y la caries dental. Era humano; pero no, propiamente, un *hombre*. También, como el hombre, era susceptible al amor, al miedo, al intenso dolor físico y a la compasión de sí mismo.

Al cabo de media hora se sintió mejor. Su estómago temblaba todavía, y tenía la impresión de que no podría levantar la cabeza; pero experimentaba la sensación de que la primera crisis había pasado, y empezó a mirar más objetivamente al mundo que le rodeaba. Se incorporó y tendió su mirada a través del campo en el que se encontraba. Era un terreno llano, de pastos, con pequeñas zonas de hierba de color oscuro, de artemisa, y parches de nieve rehelada y cristalina. El aire era muy limpio y el cielo estaba encapotado, de modo que la luz era difusa y suave y no lastimaba a sus ojos como lo había hecho la radiante luz solar dos días antes. Había una pequeña casa y un establo al otro lado de un grupo de árboles oscuros y desnudos que bordeaban una laguna. Podía ver el agua de la laguna a través

de los árboles, y el espectáculo le hizo contener la respiración, ya que había mucha agua. La había visto en cantidades semejantes en los dos días que llevaba en la Tierra; pero aún no estaba acostumbrado. Era otra de aquellas cosas que había esperado encontrar pero cuya vista seguía impresionándole. Desde que era niño había oído hablar de los grandes océanos, de los lagos y de los ríos; pero ver semejante cantidad de agua en un solo sitio era un espectáculo que le dejaba sin respiración.

Empezó a ver un tipo de belleza en lo extraño del campo, también. Era completamente distinto de lo que le habían enseñado a esperar —igual, como ya había descubierto, que muchas de las cosas de este mundo—, pero ahora encontraba placer en sus raros colores y texturas, en sus diversos aspectos y olores. Y también en sus sonidos, ya que sus oídos eran muy agudos y captaba muchos ruidos extraños y agradables en la hierba: los roces y chasquidos de los insectos que habían sobrevivido a los fríos tempranos de principios de noviembre, e incluso, con su cabeza ahora contra el suelo, los muy pequeños y sutiles murmullos en la misma tierra.

Súbitamente se produjo un revoloteo en el aire, un batir de alas negras, luego una ronca y lastimera llamada, y una docena de cuervos volaron a través del campo y se alejaron. El antheano los contempló hasta que se perdieron de vista, y luego sonrió. Este sería, después de todo, un mundo agradable...

Su campamento se encontraba en un paraje aislado, cuidadosamente elegido: una mina de carbón abandonada en el Kentucky oriental. En varios kilómetros a la redonda solo había terreno árido, pequeños rodales de pálida retama y algunas excrescencias de roca fuliginosa. Cerca de uno de aquellos afloramientos geológicos había plantado su tienda, apenas visible contra el fondo de roca. La tienda era gris, y parecía fabricada con tela asargada de algodón.

Estaba casi agotado cuando llegó allí, y tuvo que reposar unos minutos antes de abrir la bolsa y sacar la comida. Lo hizo cuidadosamente, poniéndose unos finos guantes para coger los paquetes y depositarlos sobre una mesita plegable. De debajo de la mesa sacó unos cuantos instrumentos y los dejó al lado de las cosas que había comprado en Haneyville. Contempló por unos instantes los huevos, patatas, apios, rábanos, arroz, judías, salchichas y zanahorias. Luego sonrió para sí mismo. La comida parecía inofensiva.

Después tomó uno de los pequeños instrumentos metálicos, insertó uno de sus extremos en una patata, e inició el análisis cualitativo...

Tres horas más tarde se comió las zanahorias, crudas, y dio un bocado a uno de los rábanos, notando una especie de quemazón en la lengua. La comida era buena: sumamente rara, pero buena. Luego encendió una fogata e hirvió los huevos y las patatas. Enterró las salchichas, tras haber encontrado en ellas algunos aminoácidos que no fue capaz de identificar. Pero no había ningún peligro para él, a excepción de las omnipresentes bacterias, en los otros alimentos. Eran tal como ellos habían esperado. Encontró deliciosas las patatas, a pesar de todos los hidratos de carbono.

Estaba muy cansado. Pero antes de acostarse salió al exterior para echar una ojeada al lugar en el que había destruido el motor y los instrumentos de su aeronave monoplaza dos días antes, su primer día en la Tierra.

II

La música era el *Quinteto para Clarinete en La Mayor* de Mozart. Inmediatamente antes del *allegretto* final, Farnsworth ajustó los bajos en cada uno de los preamplificadores y aumentó ligeramente el volumen. Luego se dejó caer de nuevo en el sillón de cuero. Le gustaba el *allegretto* con los bajos destacando; le daban al clarinete una resonancia que, en sí misma, parecía contener algún tipo de significado. Fijó la mirada en la cortina de la ventana que daba a la Quinta Avenida; entrecruzó sus rechonchos dedos, y escuchó la música.

Cuando terminó y la cinta se detuvo automáticamente, Farnsworth miró hacia el umbral de la puerta que conducía a la oficina exterior y vio que la doncella estaba allí de pie, esperando pacientemente. Consultó el reloj de porcelana colgado encima de la repisa de la chimenea y frunció el ceño. Luego miró a la doncella y dijo:

—¿Sí?

—Un tal señor Newton está aquí, señor.

—¿Newton? —Farnsworth no conocía a ningún Newton rico—. ¿Qué es lo que quiere?

—No lo ha dicho, señor —dijo la doncella. Luego enarcó ligeramente una ceja—. Es un poco raro, señor. Y parece muy... importante.

Farnsworth meditó unos instantes, y luego dijo:

—Hazle pasar.

La doncella estaba en lo cierto: el hombre era muy raro. Alto, delgado, con el cabello blanco y una fina y delicada estructura ósea. Tenía la piel lisa y un rostro infantil... pero

los ojos eran muy extraños, como si fueran débiles, supersensibles, y, sin embargo, con una expresión que era vieja y sabia y cansada. El hombre llevaba un elegante traje de color gris oscuro. Se encaminó hacia un sillón y se sentó cuidadosamente... como si transportara una gran cantidad de peso. Luego miró a Farnsworth y sonrió.

—¿Oliver Farnsworth?

—¿Quiere beber algo, señor Newton?

—Un vaso de agua, por favor.

Farnsworth se encogió de hombros mentalmente y transmitió la orden a la doncella. Luego, cuando ella se hubo marchado, miró a su huésped y se inclinó ligeramente hacia adelante con aquel gesto universal que significa: «Vamos al grano».

Sin embargo, Newton continuó sentado muy erguido, con sus largas y delgadas manos plegadas en su regazo, y dijo:

—Tengo entendido que es usted muy bueno en asuntos de patentes.

Había un rastro de acento en su voz, y su pronunciación era demasiado precisa, demasiado formal. Farnsworth no pudo identificar el acento.

—Sí —dijo, y añadió con cierta brusquedad—: Tengo muchas horas de oficina, señor Newton.

Newton no pareció haberlo oído. Su tono era amable, cálido.

—Tengo entendido, en realidad, que es usted el mejor hombre de los Estados Unidos en asuntos de patentes. Y también que es usted muy caro.

—Sí. Soy bueno.

—Estupendo —dijo el otro. Alargó una mano hacia un lado de su sillón, y levantó su portafolios.

—¿Y qué desea usted? —Farnsworth consultó de nuevo su reloj.

—Me gustaría planear algunas cosas con usted. —El hombre alto estaba sacando un sobre de su portafolios.

—¿No es un poco tarde?

Newton había abierto el sobre, del cual extrajo un pequeño fajo de billetes. Alzó la mirada y volvió a sonreír.

—¿Sería usted tan amable de acercarse a recoger estos billetes? A mí me resulta muy dificultoso el andar. Mis piernas.

De mala gana, Farnsworth se levantó de su sillón, se acercó al hombre alto, tomó el dinero, retrocedió y se sentó. Los billetes eran de mil dólares.

—Son diez en total —dijo Newton.

—Se está mostrando usted un poco melodramático, ¿no le parece? —Se guardó el fajo en el bolsillo de su bata—. ¿Qué va a pedirme a cambio de este dinero?

—Toda su atención durante unas tres horas de esta noche —dijo Newton.

—Pero ¿por qué tiene que ser precisamente de noche?

El otro se encogió de hombros despreocupadamente.

—Oh, por varios motivos. La reserva es uno de ellos.

—Podría haber conseguido usted que le escuchara por menos de diez mil dólares.

—Sí. Pero también deseaba impresionarle con la importancia de nuestra conversación.

—Bien. —Farnsworth se retrepó en su asiento—. Conversemos.

El hombre delgado pareció relajarse, pero no se reclinó hacia atrás.

—En primer lugar —dijo—, ¿cuánto dinero gana usted en un año, señor Farnsworth?

—No soy un asalariado.

—Comprendo. ¿Cuánto dinero ganó usted el año pasado?

—De acuerdo. Me ha pagado usted para que conteste a sus preguntas. Alrededor de ciento cuarenta mil.

—Bien. En consecuencia, es usted un hombre rico.

—Sí.

—Pero le gustaría tener más dinero.

La situación se estaba haciendo absurda. Era como un mal programa de televisión. Pero el otro hombre pagaba; era mejor seguirle la corriente. Sacó un cigarrillo de un estuche de cuero y dijo:

—Desde luego que me gustaría tener más.

Esta vez, Newton se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Muchísimo más, señor Farnsworth? —dijo, sonriendo, empezando a disfrutar enormemente con la situación.

Esto también era televisión, desde luego, pero Farnsworth siguió adelante.

—Sí —dijo; y luego—: ¿Un cigarrillo? —Ofreció el estuche de cuero a su huésped.

Ignorando la invitación, el hombre de cabellos blancos y rizados dijo:

—Puedo hacerle a usted muy rico, señor Farnsworth, si puede dedicarme por entero sus próximos cinco años.

Farnsworth mantuvo su rostro inexpresivo y encendió el cigarrillo mientras su cerebro trabajaba rápidamente, analizando cada uno de los detalles de aquella extraña entrevista, intrigado por la situación, con la leve posibilidad de que la oferta de aquel hombre fuese cuerda. Lo cierto era que el hombre, por extravagante que pudiera parecer, tenía dinero. Lo más juicioso sería seguirle la corriente, de momento. La doncella entró portando una bandeja de plata con vasos y cubos de hielo.

Newton tomó su vaso de agua de la bandeja cautelosamente, y lo sostuvo en alto con una mano, mientras sacaba un tubo de aspirina de su bolsillo con la otra, lo abrió con el pulgar, y dejaba caer uno de los comprimidos en el agua. El comprimido se disolvió, blanco y turbio. Newton contempló el vaso por unos instantes y luego empezó a sorber el agua, con exagerada lentitud.

Farnsworth era un jurista: se le escapaban pocos detalles. Inmediatamente vio que había algo raro en el tubo de aspirinas. Era un objeto corriente, sin duda un tubo de Aspirina Bayer; pero había en él algo anormal. Tan anormal

como la manera de beber de Newton, sorbiendo el agua lentamente, procurando no verter ni una sola gota... como si fuera algo muy valioso. Y el agua se había enturbiado con una sola aspirina; no parecía normal, tampoco. Tendría que hacer la prueba con una aspirina más tarde, cuando el hombre se hubiera marchado, y ver lo que ocurría.

Antes de que la doncella se marchara, Newton le pidió que le llevara su portafolios a Farnsworth. Cuando la muchacha hubo cerrado la puerta detrás de ella, Newton tomó un último sorbo de agua y depositó el vaso, casi lleno aún, sobre la mesa, a su lado.

—En el portafolios hay algunas cosas que me gustaría que leyera.

Farnsworth abrió la cartera, encontró un grueso fajo de papeles y los sacó, dejándolos sobre su regazo. El papel, observó inmediatamente, tenía un tacto poco corriente. Sumamente delgado, era duro y al mismo tiempo flexible. La hoja de la parte superior contenía fórmulas químicas claramente impresas con tinta de color azulado. Hojeó el resto: diagramas de circuitos, planos y dibujos esquemáticos de lo que parecía ser el equipo para una fábrica. Herramientas y troqueles. A simple vista, algunas de las fórmulas resultaban familiares. Alzó la mirada.

—¿Electrónica?

—Sí. En parte. ¿Está familiarizado con esta clase de equipo?

Farnsworth no contestó. Si el otro hombre sabía algo de él, no podía ignorar que había librado media docena de batallas, como jefe de un grupo de casi cuarenta juristas, en nombre de una de las mayores empresas del mundo en el campo de la electrónica. Empezó a leer los papeles.

Newton permaneció erguido en su asiento, mirando a Farnsworth, con sus blancos cabellos brillando a la luz del candelabro. Estaba sonriendo, pero le dolía todo el cuerpo. Al cabo de un rato tomó su vaso y empezó a sorber el agua que a lo largo de su vida había sido la más valiosa de las